

LA REPARACIÓN

ANTONIO PEREIRA

Espera- se le ocurrió a ella cuando llevábamos un rato hablando.

Todavía estábamos separados, no es una exageración decir que como en visita, al tratarse de la cama más ancha que he conocido en mi vida. Con una de sus manos sostuvo el escudo de la sábana contra el pecho no del todo desnudo y el otro brazo lo alargó hasta el interruptor de la lámpara, en el dormitorio burgués donde no faltan recuerdos acusadores, y por supuesto retratos. Nos quedamos en una media luz y los testigos se fueron borrando, como si no quisieran interferir en una conversación tan entonada.

-Ya te he dicho que hubo un hombre, el primero. Pero poco va a servirte para esta manía tuya de saber mis secretos, ni siquiera llegamos a tocarnos.

Ella no entiende estos juegos míos, cree que de verdad lo que tengo son celos.

-Luigi era una enormidad de años mayor- como si quisiera tranquilizarme_. Yo estaba muy piadosa, saltaba de una devoción a otra, que entonces era como una moda. El bautizar chinitos que les poníamos los nombres que nos gustaban, Orlando, Fabrizio, empezó a parecerme impropio ahora que llevábamos medias. En el Apostolado de la Oración daban a escoger entre un credo los siete días de la semana y un rosario cada semana y no sé qué otra mortificación al mes. Pero lo máximo, sabes, era lo de joven reparadora.

Le hubiera pasado la mano por el pelo reciente. Me conmueven los cuidados que una mujer tiene para dedicarlos al hombre, la abnegación de acostarse y arruinar el peinado después de una tarde de peluquería.

-Lo máximo en el siglo, nos decía el capellán don Vittorio. O sea, para las que no alcanzásemos a hacer los votos. María Rossi, precisamente la hermana de Luigi Rossi, era una niña muy alegre y quería ser o bailarina o monja, animaba a que nos metiéramos monjas si lo hacíamos todas en el mismo convento y el mismo día. Yo supe que nunca podría ducharme con agua fría y menos aún dejar de ducharme, pasarme varias horas de rodillas sí. Nos arrodillábamos a reparar. Sobre el reclinatorio (contra el mármol, en las tardes más pecadoras de los domingos) conteníamos la sangre de

Dios que causaban los otros. Lo más hermoso era la sensación de cosa inmediata. El que estuviéramos compensando los pecados que se cometían en aquellos mismos momentos.

-Pero en qué pecados pensabáis.

-Eso no había que pensarlo. Todo lo que hacía sufrir al Señor.

-Y ese Luigi... -yo quería saber.

-Fue Por entonces cuando se Produjo la llegada del ingeniero Capucci. Un acontecimiento, yo no sé si tú sabes lo que es un Pueblo. De un furgón de mudanzas bajaron muebles, un columpio para el jardín de la casa alquilada y baúles con vestidos que luego irían saliendo paco a poco, avergonzándonos a las demás por la modestia de nuestros armarios. Eran cinco niñas Capucci. Todas rubias, todas altas para la edad, empezando en los dieciocho años y terminando en las dos pequeñas gemelas. Aunque estaba algo avanzado el Curso, les habían trasladado las matrículas para el Liceo. En mi clase entró la segunda, la menos guapa de las hermanas, Pero traía también el acento elegante del Véneto, más aquella manera simpática de sentarse como un chico, de pillar al primer momento las manías de los profesores para imitarlos. La mayor, Rosana, se hizo novia en seguida de Luigi Rossi. A todos les pareció natural.

-Menos a ti, supongo- le reproché.

-Casi hubiera sido un contrasentido- dijo ella_ que Luigi, tan deportista y elegante, el chico más guapo del Pueblo, y la mayor de las Capucci, con aquel aire de princesa- se hicieran novios. Yo no sentí, entonces, ninguna puñalada en el corazón. Sentí un arañazo que me daba un gusto muy dulce y me hacía como sonreír por dentro, orgullosa de mi fortaleza.

A mí no me era difícil creerlo. Hay es esta italiana de la Umbría una pureza antigua que sobrevive incluso a los momentos de un temperamento ardiente, a las palabras irrepetibles que pasado el trance juraría ella no haber pronunciado jamás.

-Olga además de sentarse como los chicos era mandona. Disfrutó de las ventajas de la novedad, pero este se iba pasando al cabo de unas semanas y lo llevaba mal, le había cogido el gusto a ser protagonista. Entonces se puso a hacernos muchas confidencias, yo creo que quería asombrarnos y exageraba

-¿En qué crees que exageraba?- le pregunté

-Sus correrías amorosas, por todas las ciudades donde había vivido. La verdad es que estaba muy desarrollada, o mejor dicho, estaba desarrollada de una manera diferente...

-¿Diferente?

-Bien, o sea, como de haber pasado por las manos de muchos chicos. Yo creo que eso se nota, el repuntamiento mismo del pecho. Claro que no podía haberle dado tiempo para tanto, con la edad que tenía. A Rosana sí pudiera haberle dado tiempo,

pero en Rosana no cabía ni imaginar esas cosas, andaba por la calle y parecía que llevaba un poco de sol en el pelo. Seguro que para Rosana el amor no era darse apretones en el portal o el truco que decía Olga para que un beso no fuese un beso corriente.

Me incorporé para alcanzar su boca, pero sólo un instante, sin casi apoyar los labios. Que supiera que debía ganarme.

-Las niñas reparadoras nos habíamos quedado en un grupito muy pequeño, María, la hermana de Luigi, yo y dos o y tres más. Sería precioso que se hubiera apuntado Rosana, pero ella era distinta para la iglesia como para todo. Yo, en cambio, creía que de allí no iba a marcharme nunca. Al final de la tarde nos encerrábamos en la capilla, rezábamos con mucha atención, pero de prisa para que nuestra oración no llegase más tarde que los pecados que se estaban haciendo en París o en Río de Janeiro y en sitios así, los sitios más perdidos del mundo. Olga nos estaba esperando un día. Habría agotado ya sus propias hazañas, es lo que pensé cuando empezó a contar de Rosana y de Luigi. Me vino como un relámpago que tenía que decidir entre escuchar a Olga o marcharme, que según lo que escogiera me iba a alegrar o arrepentir durante toda la vida. La noche pasada, dijo, se le había ocurrido a ella bajar al pabellón de entre los sauces, donde guarda su padre las muestras de los minerales. El lugar lo conocíamos todas las niñas amigas desde que habían venido los Capucci. La mamá era una señora distinguida, Rosana se le parecía mucho, la señora Capucci nos invitaba a merendar el té con tostadas de mantequilla, pero procuraba que fuera en el exterior de la casa, en el jardín donde habían instalado los juegos. Pues allí encerrados en el pabellón estaban los dos tórtolos haciendo sus cosas, la blusa roja de Rosana, esa de seda salvaje, precisaba Olga, muy colocadita encima de la bombilla que daba como una luz indirecta por todo el cuarto.

Me pidió un cigarrillo.

-Es la primera vez que me lo pides... «antes»- lo encendí yo mismo. Se lo puse en los labios.

Estuvimos fumando un rato. Yo creía que ella no tenía nada más que contarme sobre aquella desilusión pueril, incluso traté de incitarla a otras confidencias distintas.

Pero se la notaba distraída y lejana, no me extrañó demasiado que sin la menor advertencia volviera al tema, como si ni un momento lo hubiéramos dejado.

-Yo no había podido marcharme, tenía los pies pegados a las losas del atrio como clavados con clavos y seguía escuchando a Olga. Le hice una seña, esto sí, aludiendo a la pobre María Rossi, más que nada porque se trataba de Luigi Rossi y aquella coincidencia me parecía como un sacrilegio.

-No lo entiendo- le dije yo-. Un sacrilegio...

-Algo turbio, quiero decir, el que le cuenten a una los secretos de su propio hermano. María increíblemente me miró con rabia. Olga siguió dale que dale,

regodeándose en lo que había visto desde el escondite. Visto y escuchado.

-Por ejemplo- tanteé con la voz más indiferente.

Fue a hablar, pero se detuvo.

Había estado mirando para el techo, esas molduras neoclásicas de escayola, y ahora se volvía a mí, se acercaba. Si yo correspondiera de la misma forma, el lecho empezaría a tener una dimensión humana. No me moví ni un milímetro, disfrutando de un sadismo embozado.

-Cosas- la obligué al fin con mi silencio-. Posturas. La manera de quejarse, como si le hicieran algo que no pudiera resistirse. Era terrible Olga contando, yo desde aquel día empecé a esquivarla aunque con cuidado de no ser una maleducada. Con la pérdida de Olga me quedé también sin María, que estaba cambiando a ojos vistas. El mundo entero estaba cambiado. Hasta las cosas de la iglesia. Ahora las ofensas que había que aliviar eran las que se le hacían a Dios en nuestro propio pueblo. Daba como un sofoco el saber exactamente cómo se le hacían y en dónde, el que los pecadores tuvieran por primera vez una cara. Pero yo estaba en mi puesto de la capilla, como siempre. A la hora oscura de los encuentros.

Buscó el cenicero junto a la lámpara, esta vez sin acordarse de la protección de la sábana.

-O no tan Oscura- se corrigió-. Te he contado demasiadas cosas, siempre sacas de mí lo que quieres. No niego que el asunto empezó a trastornarme. Cada vez más. Me quemaba pensarlo de día en medio de la gente, y sobre todo al quedarme por la noche en mi cama.

-Una camita niquelada, con su colcha de dibujos alegres, sin toda esta fila de barbas militares de los retratos -supuse.

-Sí. Con estampas y una foto de Gregory Peck- me miró confusa-. A veces pienso que me preguntas lo que sabes mejor que yo misma.

Lo que sí sé es que estábamos rozando el momento en que las historias ya no nos bastarían.

-Pero eso que me desazonaba por todo el cuerpo, que me ponía hormigas en las piernas, y en las manos, no eran los juegos detallados por la tal Olga. Aunque ahora que soy una mujer enseñada, tú mismo lo dices, me parece que quedaban a bastante altura... Fue la ocurrencia aquella de la blusa. ¿Te imaginas? El darle vueltas en mi cabeza a cómo habrían hecho esos preparativos, si habría sido idea de la princesita rubia o las manos grandes de Luigi quitándosela botón a botón, para colocarla encima de la bombilla y que la media luz rojiza lo idealizase todo. Todo -repitió como un eco. Y ya en mi oído, definitivamente cerca-: Dejé las reparadoras, cuando ya lo que reparaban eran mis propios pecados. Anda. Quieres.